

**Contrapunto y expresividad
en *Los ejércitos* de Evelio Rosero**

César Valencia Solanilla
Universidad Tecnológica de Pereira

Existe en la narrativa colombiana de las últimas décadas una tendencia muy interesante que se ocupa de revelar críticamente los complejos procesos de la violencia, en donde es perceptible el compromiso con la historia pero también con la literatura y en la que ésta última ha superado plenamente lo testimonial o anecdótico, para constituirse en construcción artística significativa. Este es el caso de la novela *Los ejércitos*, de Evelio Rosero, ganadora del Premio Tusquets Editores de Novela 2006, que se revela uno de los asuntos quizás más problemáticos y conmovedores de nuestra historia reciente, como lo es la violencia guerrillera, paramilitar y estatal, en la que un lector relativamente atento puede identificar referentes concretos de esa dura y cotidiana realidad, pero en la que lo valioso es la fuerza de una virtualidad imaginaria que recuerda, reconstruye y redefine lo real, y logra crear un mundo de pronto imposible para los otros, aunque entrañable en su dolor para nosotros.

La clave para que todo esto sea posible es el recurso de la oposición entre el erotismo y la muerte, que es una estrategia narrativa clásica, pero que Evelio Rosero logra dimensionar con acierto en esta novela, de tantos aciertos formales y propuestas discursivas. Vamos a intentar en estas páginas una aproximación a algunos de esos valores, con los cuales podría afirmarse que se trata de una novela que representa un hito en la narrativa colombiana de comienzos del siglo XXI, que hace del realismo un hecho artístico a través de una prosa espléndida y medida, en donde el referente corresponde a hechos históricos reales, como el mismo autor lo afirmara de manera enfática en una entrevista.

El erotismo y la muerte

En primer lugar, digamos que el erotismo y la muerte, mediante la técnica contrapuntística, adquieren la categoría de oposición constitutiva, es decir que representan un todo inseparable, que le da una dimensión humana a lo inhumano, una medida de la esperanza a los cercos inefables de la muerte, un grito de vida a la desolación del terror. El escenario, un apartado pueblo que se llama San José, que ha sido víctima de hostigamiento y la crueldad por la guerrilla y los paramilitares, y que no encuentra en la débil protección del ejército un paliativo para la inseguridad, sino otra amenaza más en esa guerra en que sus habitantes son sólo víctimas de todos esos ejércitos de la muerte. El personaje, un profesor jubilado que se llama Ismael Pasos, cercano a los setenta años, que es narrador protagonista y testigo de la historia, y a través del cual se construye el mundo de lo social, es decir, la vida de los otros, y el mundo de lo subjetivo, es decir, la percepción del entorno y de sus propias sensaciones. El profesor es protagonista, agonista, *voyeur* y *flâneur*; y a través suyo el lector percibe esa alternancia entre una realidad muy compleja, saturada de violencia, asesinatos, crueldades, secuestros, despojos, tomas armadas, combates, destrucción, corrupción, que son esos referentes ya casi banales en nuestro país, y una realidad íntima, subjetiva, mediada por la obsesión erótica y el disfrute de los sentidos, inseparable de la desolación y el desastre. Pasos observa con fruición la desnudez de su vecina, Geraldina, que sabe, disfruta y alimenta esa pasión voyerista del profesor, con la complicidad de su esposo. Observa con sensualidad morbosa a Sultana, una jovencita que trabaja en su casa, y a Graciélita, la criada de Geraldina; recuerda el encuentro con Otilia, su mujer, en una escena de torpeza sensual juvenil; y no puede eludir mirar a las mujeres cruzar sus piernas, pensar en su sexo, imaginarlas desnudas. Se trata de un refugio para la edad y la soledad, y por ello no siente ninguna vergüenza, a pesar de los requiebros amables de su esposa. Lo que sí lo avergüenza y entristece y lo hace caminar dando tumbos en medio de la guerra, es la guerra misma: los disparos, los gritos, las decapitaciones, los cadáveres horribles de hombres y animales que descubre en una toma armada que el ejército oficial no puede repeler; lo que lo hace sentirse perdido es haberle perdido el rumbo a Otilia, su

mujer, que desaparece y nunca vuelve a encontrar; lo que lo derrumba es la desolación de ese pueblo que va quedando vacío por el hostigamiento de los violentos; lo que le nubla el pensamiento es la tristeza de perderlo todo y a todos, y la voluntad irrefrenable de no abandonar el pueblo simplemente porque es allí donde ha hecho su vida y donde espera alelado la muerte. Símbolo, radiografía, arquetipo, el profesor Passos en esta novela congrega la memoria social y el destino personal de miles de colombianos indefensos, desplazados, vivos y muertos, en el fuego cruzado de los violentos.

La metáfora de la guerra

En segundo lugar, y tal vez como consecuencia del caos externo que genera la violencia en el pueblo, esta mediación del erotismo voyerista - que actúa en la novela como una especie de sustrato compensatorio de lo real- termina siendo desplazada por el espectáculo desolado de la guerra, de tal forma que el *voyeur* embelesado en las intimidades de las mujeres se transforma en *flâneur* de la miseria y la muerte. Es tal el espectáculo de lo violento, diríamos, que entonces no hay lugar a distracciones subjetivas en la percepción del mundo, por más encantadoras que ellas puedan resultar en la esfera de la intimidad o de la imaginación erótica. El mirón que se complace con el cuerpo desnudo -real o imaginado- de las mujeres, no puede sobrevivir al paseante de la guerra, porque la guerra todo lo destruye con su mordacidad feroz: niños secuestrados, cuerpos mutilados, animales despedazados, casas destruidas, chantaje horrendo a los familiares de los que están en poder de los grupos, desplazamiento, estallidos de bombas, balaceras, humo, polvo, muerte y miedo, desolación y miseria... Y un hombre anciano que busca a su anciana mujer, un hombre que se olvida de sí y de su casa y como un demente, en medio de la guerra busca y busca y nunca encuentra a su compañera de toda la vida. Como una metáfora insólita de nuestra realidad, en el pueblo de San José, que podría ser cualquiera de los pueblos colombianos de la periferia, los ejércitos libran su lucha, sin importarles la vida de los hombres, acorralados en sus propios miedos, embebidos en la fiesta del terror, empavorecidos en sus propios miedos.

El amor se convierte en tragedia, la compañía en ausencia, y todo

parece cerrado en un mundo así, tan ajeno a la esperanza. Por ello, quizás los únicos que sobrevivan se llaman Los Sobrevivientes, los gatos que acompañan al profesor, pero no debemos olvidar que los gatos tienen siete vidas, y los miserables seres humanos sólo tenemos una sola e irrepetible vida.

En definitiva, *Los ejércitos* de Evelio Rosero es una gran novela y tiene más que merecido su honroso premio Túsquets de Novela 2006. Del fondo de esta cloaca de nuestra guerra fratricida, el escritor ha logrado extraer lo esencial de un fenómeno que a todos nos circunda y nos afecta, traspasando la barrera de lo obvio para ocuparse de lo trascendente, de lo anecdótico para contar lo esencial, de lo adjetivo para procurar lo sustantivo, en un mundo despedazado por la insensatez. Pienso que Rosero le ha dado a la violencia una dimensión artística notable pues ha penetrado en el imaginario espiritual del que pudiéramos enunciar como el más complejo de los problemas que aqueja a los colombianos, y nos revela el rostro que esquivamos mirar en el espejo. Todo ello ha sido posible gracias a un lenguaje depurado, poético, de unos diálogos tensos y precisos, creando una atmósfera que nos sobrecoge y nos hace pensar si alguna vez tendrá fondo este barril sin fondo de un país que parece no tener límites frente a la destrucción y la violencia. En definitiva, esta novela es una muestra de su madurez narrativa y de los avances en su ya largo y variado proceso creativo, que ha convertido en arte una realidad patente, auténtica, unas historias de vida y muerte de la cotidianidad y de la crónica de la guerra. El solitario profesor mirón de faldas, intimidades y desnudeces es un símbolo de la alegría y del encanto que hemos perdido, y el profesor paseante ya no tiene ojos para mirar una realidad mínimamente amable, porque todo ha sido arrasado por la estupidez de los ejércitos. El profesor Passos da muchos pasos de *flâneur*, pero ya no podrá encontrar sus ojos vivarachos de *voyeur*: todo se lo arrebató la guerra.